

cuya cabeza puso á un príncipe ambicioso ó sea el Archiduque Fernando Maximiliano de Austria.

Vino éste, según los planes de Napoleón, y entonces se trató de establecer un simulacro de monarquía al amparo de las bayonetas extranjeras; pero ¿con qué elementos?

Según lo tenemos consignado, el Arzobispo dijo en la polémica que sostuvo con sus compañeros los Regentes, que el partido clerical era el *único* que apoyaba la Intervención; el General Neygre aplicaba á este partido el calificativo de *ínfimo*, verdades una y otra de á folio; y de ellas resultaba, como lo hacía notar un escritor ilustre, "que al ser desconocida la Regencia por el partido de la Iglesia, le faltaba el *único* apoyo nacional para la fundación del Imperio; en cuya virtud preguntaba sobre qué base se apoyaría éste para su establecimiento, y se daba esta respuesta tan sencilla: *en ninguna.*"

Sin embargo, la Francia había puesto al servicio de esta mala causa cuantiosos elementos, que según su obcecado optimismo debían darle un triunfo completo; pero eso no obstante, para todas las personas provistas aunque fuera de una pequeña dosis de buen sentido, la conclusión de la guerra ó sea de los proyectos napoleónicos, no podía presentarse ni siquiera con el carácter de problema.

Nada importaba que la victoria se mostrara esquiva en contra de los intereses nacionales; nada importaba que los ejércitos invasores ocuparan las ciudades principales de la República; la vitalidad de ésta se encontraba en otra parte que en los campos de batalla; ella residía en el propio sentimiento de libertad, en el odio justamente adquirido en contra de toda dominación extranjera, en los hábitos creados por una revolución progresista que había cambiado el modo de ser de nuestra sociedad, estableciendo un nuevo orden de cosas, ensanchando el círculo de las aspiraciones nacionales, y dando nuevo ser y nueva vida en el orden social, político y religioso, á ese pueblo incapaz de avenirse y mucho menos de aceptar la conquista abierta ó disfrazada de un usurpador aborrecible.

Durante la terrible revolución francesa, el partido conservador francés hizo causa común con los reyes para sofocar ó destruir los grandes principios que traía escritos en su bandera ese grandioso movimiento de avance; pero en esa conducta, que no absuelve á sus autores del feo y abominable delito de traición á la patria, véase el afán de conservar fueros y privilegios, consagrados por la tradición y el transcurso del tiempo; era el egoísmo que miraba con ojeriza las doctrinas fundadas de una revolución que abolía la nobleza, que proclamaba la igualdad y que creaba ciudadanos á los que estaban acostumbrados á vivir como siervos.

La aristocracia francesa defendía una cuestión de principios, de conveniencia personal, y no pudiendo sostenerla, ciega y frenética en su pretensión desacertada, buscó un apoyo en el auxilio extranjero, aunque para obtenerlo hizo desatar sobre su patria una lluvia de calamidades.

A la altura á que habían llegado las cosas, la situación de México era altamente delicada y crítica, y el único modo que le quedaba para salir airoso en tan comprometida extremidad, era el de combatir sin tregua ni descanso, aceptando la guerra con todas sus terribles consecuencias, jugando el *todo por el todo*, pasando hasta por el exterminio, por la completa aniquilación del país, antes que ceder ó doblegarse á los caprichos ó detestables designios de un monarca de vergonzosa memoria. . . .

"La grandeza y la civilización de los pueblos, ha dicho un pensador ilustre, no se mide por la cantidad de su territorio ni por el número de sus habitantes; si eso fuera, la Rusia y la China serían los pueblos más civilizados de la tierra. Las pequeñas repúblicas griegas hicieron morder el polvo á los millones de esclavos del déspota de Persia. Es preciso no perder de vista ni dejar de repetir esta verdad: la humanidad no perece, ni los pueblos que, como México, están llamados á representar un papel importante en el porvenir del mundo."

Según una versión de procedencia francesa, los aires de México tienen la virtud de embrutecer á los hombres de Estado que

toman parte en sus asuntos; esto, que bien podía reputarse como máxima ó apotegma, que los hechos se han encargado de patentizar, podía aplicarse á todos los pueblos que habitan esta parte del Nuevo Mundo.

En 1847 decía el distinguido americano D. Andrés Bello, honor y lustre de las bellas letras:

“Los que piensan que se calmarían á la sombra de un trono las agitaciones interiores de las repúblicas americanas, se equivocan.

“La monarquía ha perdido de todo punto su prestigio. Ya es tarde para pensar en ella. Sería necesario un ejército europeo para dar estabilidad á la nueva forma de gobierno, y estabilidad, después de todo, aparente y precaria, porque es imposible que pudiese apoyarla el voto de los pueblos. ¿Un Gobierno sostenido por bayonetas extranjeras, se granjearía jamás la confianza de los americanos? ¿Sería bien visto de sus vecinos? ¿Haría la felicidad del país? Si algo hemos heredado de los españoles, es un odio implacable á toda dominación extranjera. ¿Qué pudiera hacer el monarca para comprimirlo? ¿Rodearse de satélites aborrecidos? ¿Dar los primeros empleos á personas de su devoción, que serían en gran parte extranjeros? ¿Abrir á nuevos y numerosos aspirantes la arena de las promociones y multiplicar el número de los quejosos y descontentos, haciendo más odiosas las preferencias y más humillantes las exclusiones? ¿Derramar los títulos, cruces y distinciones, moneda gastada que ha perdido todo su valor entre nosotros?

“El sentimiento de igualdad, añadía, es el que en estos países han desarrollado las instituciones republicanas. Figurémonos ahora un pueblo cargado de impuestos para mantener el fausto de una corte monárquica, para gratificar á una legión de aventureros, para pagar el ejército, para pagar á los capitalistas que hubieren adelantado caudales con la esperanza de cuantiosos retornos. ¿Prosperaría en semejante situación el país. . . .?

“La monarquía, en la suposición más favorable para ella, pe-

recería, después de una existencia miserable, sin fuerza y sin dignidad, que habría costado al país sacrificios inmensos sin fruto alguno. . . .”

Y el *Comercio de Lima*, de donde tomamos la transcripción que antecede, exponía entre otras cosas, en un artículo notable que publicó el año 1862, lo siguiente:

“Desconocen completamente el carácter de nuestras revoluciones intestinas los políticos y los escritores europeos, que piensan que ellas tienen su origen en las instituciones republicanas y en la ambición de sus caudillos, y que el mejor modo de ponerles fin sería el establecimiento de la monarquía.

“La historia contemporánea de la América, antes española, revela el origen de esas convulsiones, en la desconfianza con que ciertos hombres y ciertos partidos han aceptado el gobierno democrático, y en el error de otros que quisieron hacer lo mismo que hoy pretenden los europeos, esto es, establecer dictaduras y monarquías, más ó menos desembarazadas y francas . . . ; los pretendientes á la dictadura y á la monarquía no han encontrado más partidarios que sus soldados, los traficantes de títulos y honras, y aun éstos, no siempre les han sido fieles. . . .”

Y más adelante, agregaba:

“No tratamos en este artículo del abuso que harían de la fuerza las potencias europeas, para imponer á los pueblos americanos reyes y gobiernos que éstos no quieren aceptar. Ellas nos traerían la guerra por ahora, y los elementos de nuevas y más terribles revoluciones para más tarde. Sus ejércitos podrían tal vez sentar en México uno de esos tiranuelos arrojados de Italia, ó un imbécil desheredado de la familia de Borbon; pero no conseguirán jamás, para el monarca, la simpatía de los pueblos.

“En México como en Colombia, en Buenos Aires como en Chile, el rey intruso sería sólo dueño del terreno que ocuparan sus soldados; y el número de éstos habría de disminuirse, forzosamente, en la constante guerra que la dominación extraña habría de provocar. La lucha sería ruinoso, destructora sin duda para los

pueblos americanos; pero al fin la santa causa de la independencia y la nacionalidad habría de triunfar; y entonces, el pueblo que mandó al patíbulo al Emperador Iturbide, levantaría una horca para Maximiliano de Austria, el Duque de Parma ó cualquiera de esos príncipes que pretendiese gobernar en América contra la voluntad nacional.”

Payno, el ilustrado escritor, en un folleto que con el nombre de *Carta* dirigió á Forey el 24 de Octubre de 1862, referente á los asuntos de México, se expresaba así:

“La monarquía requiere la tradición. La tradición engendra la nobleza; la nobleza, el círculo aristocrático que sirve de apoyo al trono.

“¿Dónde están nuestras tradiciones? Los Douglas, los Montmorency, los Condes de Luna, los mil caballeros que combatieron á las órdenes de Carlos el Grande, de San Luis, de Ricardo Corazón de León, ¿dónde están? ¿Adónde se encuentran entre nosotros el Gran Capitán, Bayardo, el Príncipe Negro y Du Guesclin?

“La nobleza virreynal se componía en su mayor parte de los descendientes de los conquistadores, y las hazañas de estos mismos conquistadores no habían sido de gran brillo. Habían peleado contra tribus divididas por las discordias civiles, sin conocimiento del arte militar y sin armas de fuego. Sobre todo, la gloria y las hazañas de Cortés ofuscaron en Anáhuac la gloria y las hazañas de sus contemporáneos.

“Pues bien, esta nobleza de ayer mucha de la cual adquirió por dinero sus títulos, fué perdiendo gradualmente su prestigio y hasta su riqueza, y se ha confundido realmente entre la multitud, en el mar siempre agitado de nuestras conmociones intestinas.

“El Marqués de Salinas, el Marqués de Salvatierra, el Conde de Casa de Heras Soto, el Marqués de San Juan de Rayas, el Conde de Tula y de Regla firmaron la acta de Independencia; y hoy, el descendiente de los Condes de Regla y de los Marqueses

de S. Cristóbal, es Gobernador de México; el vástago de los Condes de Santiago, ocupa una silla municipal; los hijos del Marqués de Guadalupe, son capitanes y tenientes de la Guardia Nacional; el pariente cercano del Conde de Reus y de las casas aristocráticas de los Echeverrías, es Presidente del Congreso. El General Mendoza es descendiente de los Condes de Tendilla; Rascón, Escandón, Iturbide y otras personas notables por su posición social, ¿no han sido señalados como amigos y sostenedores del gobierno constitucional.....?

“Dónde, pues, está la Corte que deberá rodear al Soberano; dónde la opinión sino en unos cuantos ancianos visionarios, cuyo reloj se paró desde el tiempo de la dominación española.....?

“Las costumbres, el carácter mismo de los habitantes se opone al sistema monárquico. Aquí se disfruta de una verdadera igualdad. El que hoy es General mañana deja las armas, y se reduce á la vida privada: los Ministros entran y salen á los puestos, y vuelven á su casa, sin más distinciones que las que han sabido merecer por su carácter y virtudes privadas: la carrera de todos los hombres públicos y la fortuna de todos los ricos, es conocida, y su tradición pública; el que tiene un caudal de millones, no se desdeña de sentar á su mesa al periodista ó abogado que comienza su carrera: el que hemos conocido de capitán, de comandante, de simple particular, se eleva repentinamente, por la fortuna, por el valor ó por otras causas al rango de General ó á la magistratura, y cuando acaba su encargo vuelve á las filas del pueblo de donde salió.

“¿Quiénes habían de ser los condes, los duques y los monarcas? Yo no los encuentro en el partido liberal ni tampoco en el contrario, porque en cuanto á tradición, á costumbres y á carrera, todos los mexicanos guardan una misma escala y condición.

“Era menester para fundar una monarquía en México traer el monarca, la nobleza, las leyes, el ceremonial y hasta los trajes, como si fuese un gran teatro desierto donde eran necesarios no sólo los actores, sino también las decoraciones. La idea, pues, de